

**La familia como escenario
para la construcción de ciudadanía:
una perspectiva
desde la socialización en la niñez**

Juan Bernardo Zuluaga

Juan Bernardo Zuluaga*

- **Resumen:** *Este artículo presenta una reflexión acerca del papel que debe jugar la familia como constructora de ciudadanía desde la experiencia de la socialización en la niñez. En este escenario familiar y en este proceso de socialización se sientan las bases para la formación del individuo como actor del ejercicio de la ciudadanía. El propósito del artículo es confrontar el dualismo familia-ciudadanía, redimensionar el lugar de la familia y de la ciudadanía y visibilizar las conexiones existentes entre familia y ciudadanía.*

Palabras Clave: Familia, Ciudadanía, Socialización, Niñez, Identidad, Subjetividad.

- **Resumo:** *Este artigo apresenta uma reflexão a respeito do rol que deve representar a família como construtora de cidadania desde a experiência da socialização durante a infância. Neste espaço e neste processo sentam-se as bases para a formação do indivíduo como ator no exercício da cidadania. O propósito deste artigo é confrontar o dualismo família – cidadania, redimensionar o lugar da família e da cidadania e tornar visível o conector existente entre família e cidadania.*

Palavras-chave: Família; Cidadania; Socialização; Infância; Interação; Identidade; Subjetividade.

- **Abstract:** *This paper analyses the role that the family should play in the construction of citizenship through the experience of socialization in childhood. The socialization process in this scenario will enable the consolidation of the foundations leading to the development of the individual as an actor in the exercise of citizenship. This article aims at confronting the family-citizenship dualism, at remodeling and reinforcing the role of the family in the construction of citizenship, and to make visible what connections exist between family and citizenship.*

Key words: Family, Citizenship, Socialization, Childhood, Identity, Subjectivity.

* Docente Investigador, Universidad de Manizales. Estudiante Doctorado en Ciencias Sociales. Niñez y Juventud. CINDE-Universidad de Manizales. Dirección Electrónica: juanb@um.umanizales.edu.co

La familia como escenario para la construcción de ciudadanía: una perspectiva desde la socialización en la niñez*

-Introducción. -I. Superación del dualismo familia – ciudadanía. -II. Redimensión del lugar de la familia y la ciudadanía. -III. La visibilización del conector existente entre familia y ciudadanía. -IV. La experiencia de la vida familiar como un escenario de formación para el ejercicio de la ciudadanía. -Bibliografía.

Primera revisión recibida octubre de 2002; versión final aceptada Agosto de 2003 (Eds.).

Introducción

Familia y Ciudadanía tienen una referencia en los debates actuales de las disciplinas sociales y de nuestras reflexiones académicas en el doctorado en Ciencias Sociales Niñez y Juventud del CINDE y la Universidad de Manizales, en cuanto a los procesos de socialización que se viven en la familia y las oportunidades que permiten a los niños y las niñas vivir las características que parece estar configurando la sociedad hacia la cual estamos transitando. Discursos sobre la democracia, el ejercicio de los derechos y deberes y la formación ciudadana, se encuentran en el centro de la cuestión sobre la formación y desarrollo de los sujetos como seres humanos integrales, y cuando se habla del desarrollo del sujeto, se alude a la disponibilidad de recursos, oportunidades y condiciones que hacen factible y efectivo este desarrollo.

Esta nueva visión de lo humano se considera como un producto de la modernidad que, en palabras de Norbert Lechner, da cuenta del cambio de un orden heredado a un orden producido. Pero este orden ¿qué implica?, ¿cómo se configura la vida social desde esta nueva organización?, ¿cómo entender la condición humana en el marco de las apuestas por

* Ponencia presentada en el II Encuentro Internacional, V Encuentro Nacional: Escuela, Familia y Medios: Escenarios para la paz y el desarrollo humano. Organizado por el Centro de investigaciones y estudios avanzados en niñez, juventud, educación y desarrollo, Cinde-Universidad de Manizales (Colombia), septiembre 5, 6 y 7 de 2002.

el ejercicio de una ciudadanía?, ¿cómo establecer la relación familia – niños y niñas – derechos ciudadanos?

Preguntas que invitan a buscar las múltiples respuestas desde el contexto de formación de los sujetos como personas y como integrantes de una organización social. Para este efecto se toma como punto de partida la propuesta analítica de Hanna Arendt sobre lo público y lo privado como categorías que permiten identificar y comprender los complejos procesos de la condición humana, la organización social y el lugar y formas de relación entre los sujetos sociales de acuerdo con el género y la generación.


Con estas reflexiones me propongo invitar a una discusión en torno a:

- La superación del dualismo familia-ciudadanía.
- La redimensión del lugar de la familia y la ciudadanía.
- La visibilización del conector existente entre familia y ciudadanía, y
- La experiencia de la vida familiar, en la materialización del reconocimiento de los niños y niñas como sujetos de derechos y de ejercicio ciudadano.

I. Superación del dualismo familia – ciudadanía

Familia y ciudadanía han sido dos conceptos vistos en lugares diferentes. Desde la cultura griega y romana se dicotomiza la vida social y política, la cual define e interpreta lo público –polis griega, res pública romana–, como el espacio que da lugar a las actividades y los procesos expuestos al mayor reconocimiento y valoración social, y lo privado –oikos griegos, domus romano–, considerado socialmente menos importante y sujeto a la mirada colectiva. En palabras de Hanna Arendt (1998: 41) la distinción entre la esfera privada y pública de la vida corresponde al campo familiar y político, que han existido como entidades diferenciadas y separadas al menos desde el surgimiento de la antigua ciudad-Estado. Estas distinciones han sido creadas social e históricamente por los seres humanos para referirse a los ámbitos de desempeño existencial de hombres, mujeres, niñas y niños, propios de cada sociedad.

Esta herencia griega –base de la cultura occidental– separa los ámbitos de las actuaciones humanas y los encuentros sociales en referencias propias de la polis (ciudad, ciudadanía) y el oikos (hogar, familia).

La familia como espacio de lo privado  utiliza para referirse, según Fraser (1997 p. 22), a aquello que se encuentra justo debajo de la superficie, relativo a la propiedad privada en una economía de mercado y relativo a la vida doméstica íntima o personal, incluyendo la vida sexual. Aquí, en lo “privado”, muchos asuntos que representan posibilidades de vida digna para los padres, madres, niños y niñas, y que reclaman “ser publicitados” en el sentido de ser reconocidos y asumidos como asuntos de “interés de la sociedad en su conjunto”, son excluidos del debate y la acción públicos, condicionados a reflexiones de la “privacidad familiar”, la “privacidad de la casa.” De esta manera podría considerarse que la asignación valorativa de este lugar y la identidad que se les otorga a estos sujetos dependientes es la de estar sometidos a una invisibilidad social y reducidos al ámbito del ocultamiento.

La ciudadanía, como espacio de lo “público” y de un actuar público, se utiliza para referirse –según Fraser (1997 p. 122)– a lo que es de interés general, lo de interés común de los habitantes, lo que tiene que ver con el control y la participación del Estado. Así, el ágora era el espacio destinado para discutir los asuntos relacionados con la administración de la polis, la vida de los ciudadanos y el destino del Estado; lugar de reunión de la comunidad donde se debatían los problemas comunes. En palabras de Hanna Arendt (1998 p. 42), a la primera polis griega –res pública romana– corresponde el ejercicio de una ciudadanía circunscrita al juicio público y colectivo; es el espacio propio de la excelencia humana e implica la presencia de los otros para el reconocimiento de la valoración. Se le asigna una identidad como ámbito supremo del encuentro social, espacio de libertad, de la razón, de la decisión, asociado a la presencia del hombre público. Escenario que gira en torno al reconocimiento de su control y dominio como ciudadano. Escenario que también marca la exclusión de las mujeres, los niños y niñas, los dependientes y la servidumbre, quienes no son considerados con derechos ciudadanos.

En la sociedad moderna los referentes de “lo público” y lo “privado” se tornan difusos. La herencia griega y romana de la dicotomía público-privado comienza a tomar otro matiz; lo público como el espacio de la libertad, interés común, sentido de igualdad, pasa a concebirse como un espacio de nadie, atrapado en el anonimato, la masificación y la soledad; priman la indiferencia, el silencio y los intereses particulares. Esta nueva concepción de lo público presenta un abandono del ideal político griego y romano (vida de los ciudadanos y el destino del Estado).

A su vez el espacio “privado” asociado a la familia presenta actualmente un escenario social paradójico. En palabras de Palacio (2002 p. 22), esto es porque la familia se encuentra en la confrontación entre la tendencia dominante de la individualidad, la privacidad e intimidad que trae la identidad secular, y la idealización e ideologización que de ella se hace, como un espacio colectivo que mimetiza a un sujeto cada vez más vulnerable desde sus anclajes culturales tradicionales y sacralizados.

Sin embargo, la clásica dicotomía público-privado, con el privilegio del primer referente, comienza a desdibujarse. Aparece el individuo como un nuevo actor social, que le imprime un ritmo y un sentido distinto a la vida social. Despojado de sus anclajes colectivos, su sentido de identidad es frente a sí mismo y sus fronteras las entregan los derechos y deberes que le corresponden como ciudadana o ciudadano.

II. Redimensión del lugar de la familia y la ciudadanía

El discurso de la ciudadanía moderna es un discurso de la inclusión; en términos de esta clasificación la inclusión tiene límites: se incluye a los niños y niñas como sujetos de ciudadanía social (sujetos de derechos), pero se excluyen de la ciudadanía legal (igualdad ante la ley, libertad) y de la ciudadanía política (no intervención en las decisiones políticas del Estado).

En la sociedad moderna la ciudadanía se mantiene como ejercicio público, pero con una clara apuesta a la secularización, ampliando su concepción con ciudadanía legal,

política y social. Tal como lo dice TH. Marshall en Bonador (1991), “la ciudadanía supone tres tipos de derechos, así, el siglo XVIII trajo los derechos civiles (o ciudadanía civil); el siglo XIX vio el desarrollo de los derechos políticos (o ciudadanía Política); finalmente el ejercicio de los derechos políticos en el siglo XX produjo derechos sociales (ciudadanía social); el derecho a cierto bienestar económico y social, el derecho a compartir plenamente el legado social” (P.120).

Marshall fue preclaro en afirmar que lo que distingue a las ciudadanía civil, política y –principalmente– social –todas asociadas al principio de la libertad– es su tensión respecto a la igualdad.

Según Marshall, dado el principio de igualdad que deviene de la expansión de la ciudadanía y la desigualdad que surge de las relaciones de producción capitalista, se produce una interrelación dinámica entre los tres tipos de derechos: los derechos sociales no pueden afianzarse sin la dimensión política que emana de los derechos políticos, esto es, sin que los grupos sociales participen en la lucha por el poder para distribuir recursos socialmente relevantes. Así, los derechos civiles, en lo que se refiere a la libertad física, de palabra, pensamiento, a contratos, a igualdad ante la ley, pueden también ser planteados en el ámbito político para redefinir los ámbitos de su aplicación. Es, por lo tanto, en la política, donde se define el avance o retroceso del proceso de ciudadanía. Ahora bien, son los derechos sociales los portadores de igualdad y de construcción de ciudadanía social; significa esto lucha y por tanto conquista política.

En síntesis y como lo plantea Adela Cortina (1998), “en verdad, bien pocas sociedades han tratado y tratan a sus miembros como ciudadanos sociales. Por eso podemos decir que, la ciudadanía legal y política es un bien escaso, pero que más escaso es el bien de la ciudadanía social” (P. 22).

Ante esto, el sujeto requiere el aislamiento para no perderse en ese tumulto. Su independencia lo protege de la potencial interferencia de los demás; por esto se acoge a la moral de la privacidad que le permite descubrir su intimidad, orientando además su interés y sensibilidad al cultivo de las relaciones interpersonales. De esta manera, emerge el espacio privado como el ámbito de ejercicio de la vida personal, lugar de las obligaciones y los deberes que contiene la riqueza de la diversidad de matices emocionales y afectivos, lo que exige el despliegue de las capacidades singulares y únicas. En él se materializa una vida cotidiana que responde a los ritmos y rituales diarios que configuran la intensidad vital de los sujetos.

Esta nueva dimensión del espacio privado, le abre un nuevo panorama a la familia. Familia, casa, hogar, morada, privacidad. Es un grupo cargado de conceptos en esta época; son términos tanto políticos como característicos de las relaciones domésticas. Familia se corresponde a un término confuso y ambiguo, sujeto a diferentes significados e interpretaciones; por ello se dificulta establecer una definición única y homogénea (Gubrium J. Holstein J., 1990).

Por ello fácilmente y en la mayoría de los casos se le trivializa, en donde los discursos sociales están transversalizados por un referente de familia: discursos políticos centrados en el bienestar de la familia; los medios quieren captar y manejar el mercado de la publicidad,

mediada por la familia; se combina la familia con referentes del afecto y la convivencia; los dramatizados de la televisión desarrollan los secretos y los espacios familiares. La familia es un sistema abierto que mantiene numerosos intercambios con el entorno, asegurando la reproducción de generaciones, la socialización de los niños y niñas. En este sentido, la familia como espacio de socialización decisivo en la formación democrática y ciudadana, vista como un estilo de convivencia que prepara a sus miembros para el ejercicio de la ciudadanía, se convierte en algo que cada día se posiciona en nuestra sociedad. En este sentido, se reconoce el lugar de la familia para producir cambio social. Desde esta posición, la noción del potencial que tiene la familia para generar cambio, adquiere gran importancia, por las posibilidades que puede brindar para modificar y trascender patrones tradicionales de comportamiento que se caracterizan por la inequidad y la desigualdad entre los géneros y las generaciones. Una familia que se constituye a partir de relaciones democráticas – ejercicio de derechos y deberes, ejercicio de la ciudadanía–, estará en mejores condiciones para apoyar el desarrollo individual, colectivo y humano de sus miembros (Cebotarev, 1984).

Como lo afirma Palacio M (2002), al encontrarse la familia en el centro de la vida cotidiana se asume de una manera simple desde dos perspectivas: por una parte como algo que no amerita ser pensado y mucho menos reconocido como actor y protagonista social; y por otra, como el recurso de visibilización de una culpabilidad difusa de los males sociales.

Pero este sesgo se acompaña de la necesidad de comprender la doble connotación que tiene la familia como realidad tanto objetiva como subjetiva, e implica admitir necesariamente el proceso dialéctico que se vive en estas dos realidades.

En primer lugar, la familia como realidad objetiva es una organización social con una estructura social, que ocupa un lugar en la sociedad con funciones que según Serena Nanda (1980) están referidas a: acceso sexual (matrimonio), crianza y cuidado de las nuevas generaciones, cuidado de las viejas generaciones, construcción de identidad individual y reproducción de una identidad social.

A partir de este punto de vista se reconoce a la familia como espacio de socialización; son muchos los enfoques y autores que han puesto a la familia un sello como espacio de socialización. Entendiendo este espacio como el resultante de la configuración de dinámicas de sociabilidad, que le son propias y a la vez la diferencian de otros lugares sociales. Aquí es importante precisar que la forma como se organiza cada familia y lo particular de las relaciones que se establecen en su interior (estructura y dinámica interna de la familia), no son totalmente independientes de las influencias del ambiente externo, pero tampoco están totalmente determinadas por ellas. Las normas socioculturales que le impone la sociedad a la familia, no son asumidas de manera pasiva, ni mecánica, ni se trasladan funcionalmente de generación en generación.

En palabras de Sergio Bagú (1975), los hijos se parecen más a su tiempo que a sus padres; esto se traduce en el hecho de que en los procesos de socialización e interacción, los miembros de la familia recrean su experiencia de vida social, a partir de su propio proceso de asimilación particular. De esta manera, se habilitan para actuar y desenvolverse en espacios sociales más amplios.

En segundo lugar, la familia, como realidad subjetiva, presenta la sociedad a las nuevas generaciones; la presenta de acuerdo con su biografía (vivencias, lógicas de relación, actitudes, valores, maneras de ser). A partir de aquí, el sujeto internaliza esa realidad simbólica con significados, representaciones o imaginarios. A pesar de esta doble dimensión, la familia ocupa un lugar muy fundamental en los procesos de socialización y en la conformación de identidades.

La internalización en Berger y Luckman (1978) es definida como la aprehensión o interpretación inmediata de un acontecimiento objetivo en cuanto expresa significado, o sea, en cuanto es una manifestación de los procesos subjetivos de otro que, en consecuencia, se vuelven subjetivamente significativos para mí.

En otras palabras, la internalización constituye la base para la comprensión de los propios semejantes y para la aprehensión del mundo en cuanto realidad significativa y social. Solamente cuando el individuo ha llegado a este grado de internalización puede considerársele miembro de la sociedad. El proceso ontogenético por el cual esto se realiza se denomina socialización.

La socialización primaria es la primera por la que el individuo atraviesa en la niñez; por medio de ella se convierte en miembro de la sociedad. Es importante precisar y retomar que la socialización primaria comporta algo más que un aprendizaje puramente cognoscitivo. Se efectúa en circunstancias de enorme carga emocional. Existen ciertamente buenos motivos para creer que, sin esa adhesión emocional a los otros significantes, el proceso de aprendizaje sería difícil, cuando no imposible. El niño se identifica con los otros significantes en una variedad de formas emocionales; pero sean éstas cuales fueren, la internalización se produce sólo cuando se produce la identificación. El niño acepta los "roles" y actitudes de los otros significantes, o sea que los internaliza y se apropia de ellos. Y por esta identificación con los otros significantes el niño se vuelve capaz de identificarse él mismo, de adquirir una identidad subjetivamente coherente y plausible.

De esta manera la familia, por lo que es y representa al interior de las sociedades, se constituye en un lugar de aprendizaje de los niños y niñas fundamental para la vida en sociedad. En palabras de Berger y Luckman (1978), el mundo internalizado en la socialización primaria se implanta en la conciencia con mucho más firmeza que los mundos internalizados en socializaciones secundarias.

Es en la cotidianidad de las familias en donde se aprenden los valores y se desarrollan las actitudes base para el afianzamiento de la sociabilidad y el establecimiento de nuevas formas de relación democrática y de construcción de ciudadanía.

Los planteamientos anteriores invitan a repensar la ciudadanía y el lugar de la familia en la sociedad moderna.

En primer lugar, el concepto de ciudadanía va mucho más allá; tiene que ver con un proyecto de democracia, con el reconocimiento de las personas como sujetos de derecho, fundamento y finalidad de la democracia y de la sociedad civil; la ciudadanía igualmente tiene que ver con la posibilidad de convivir con las demás personas democráticamente, fundamentada bajo los principios de igualdad, respeto mutuo, autonomía y libertad individual.

En segundo lugar, la familia ha dejado de ser privada para convertirse en un actor público en donde se ponen de manifiesto espacios de democratización caracterizados por el reconocimiento de los derechos, la equidad y la participación de todos sus miembros.

III. La visibilización del conector existente entre familia y ciudadanía

La familia es ese primer espacio conector con el mundo social de habitar la vida, a través de un sujeto concreto que son los niños y las niñas, quienes a partir de sus procesos de socialización permiten ver el papel de la familia, para así darle un sentido al ejercicio de la ciudadanía.

Históricamente los niños y las niñas han sido invisibilizados; su presencia se ha visto como un período existencial muy centrado en los aprendizajes de la vida social y excluidos del debate y la acción públicas. Un recorrido por la historia de la infancia invita a referirse a la familia en el texto “La Historia de la Infancia” de Lloyd DeMause (1978) y Philippe Aries (1985). Según Aries, durante la Edad Media no estaba claramente definido el concepto de infancia o de niñez. Después del destete (a los 2 años de edad) se trataba a los niños esencialmente como si fuesen “adultos en miniatura”. Por ejemplo, la ropa para niños era del mismo estilo de la de los adultos; y la mayoría de niños entre 2 y 7 años de edad hacían una buena parte del trabajo obligatorio en el hogar, según su sexo. Después de los 3 ó los 4 años de edad los niños intervenían en los mismos juegos, usaban los mismos juguetes y escuchaban los mismos cuentos que eran comunes entre los adultos. Ningún esfuerzo se realizaba para proteger al niño del mundo de los adultos, de manera que observaban y escuchaban casi todo lo que no era propio de ellos. Los niños se reunían jubilosamente con los adultos en celebraciones hogareñas y en festivales de la comunidad; jugaban a los naipes y a los dados, comían y bebían y escuchaban las conversaciones y chistes sociales de los adultos (Plumb, 1971). En varias pinturas que investiga Aries hay niños debajo de las mesas mientras los padres están borrachos. También hay pinturas que hablan del mundo de la lujuria en la que también están presentes los niños.

La investigación de DeMause (1978) está destinada a mostrar la evolución de la niñez también como un largo proceso; algunas prácticas para cuidar al infante pretendían fortalecerlo y se denominaban endurecimiento; prácticas que probablemente contribuyeron al incremento de la tasa de mortalidad infantil, y que consistían en sumergir repetidamente al infante en agua fría, o en envolverlo en toallas húmedas y frías; a la edad de los 2 años la mayoría de los infantes habían sido destetados y los padres comenzaban a exigirles disciplina. La disciplina paterna era, en general, drástica, comparada con las normas disciplinarias actuales. DeMause cita una ley del siglo XIII que aprobaba las golpizas que provocaban hemorragias y sólo reprobaban a los padres de familia en los casos en que el niño moría.

Aries encuentra en él una nostalgia como investigador cuando da cuenta de otras pinturas en donde el niño aparece en el centro de la familia, es centro de “atención”; ahora viste ropas diferentes, pero el alto precio que pagará por esta centralidad en el retrato familiar, se traducirá en la pérdida de autonomía y en la seguida proliferación de centros de

protección de la época (orfanatos, comunidades religiosas y voluntariados) desembocando en la génesis del fantasma ideológico o mito seudojurídico: la llamada doctrina de la situación irregular que introduce una cultura socio jurídica de la protección-represión, con mecanismos punitivo-asistenciales.

Como vemos, se conservan las lógicas de los anclajes tradicionales de la dependencia y la idea de los niños y las niñas como sujetos débiles, de baja comprensión y entendimiento, escasa reflexión, y que necesitan protección. En palabras de Suárez (2002), se desconoce su capacidad para pensar, sentir, actuar, proponer y transformar situaciones y experiencias de vida individual y colectiva (familiar, escolar, comunitaria y social). No pensamos al niño o a la niña como un sujeto que se está configurando humanamente a partir de un conjunto de relaciones y prácticas sociales históricamente establecidos, sino como un ser inmerso en un proceso de maduración espontánea y que se desarrolla al interior de unas relaciones familiares armoniosas. Tampoco pensamos que la configuración de identidad implica las representaciones que cada sociedad elabora sobre las nuevas generaciones y que de alguna manera en la vida cotidiana de la familia, a través de sus vivencias, entrega a sus miembros la sociedad en su conjunto.

Sólo a partir de Rousseau los niños y las niñas empiezan a ganar visibilidad; son sujetos de atención y responsabilidad social (educación, crianza y cuidado moral); más adelante, y tal como lo plantea el maestro García Méndez, casi sin excepción es válido afirmar que antes de la promulgación de la Convención Internacional de los Derechos del Niño, todas las legislaciones de menores se inspiraban en los principios de la doctrina de la situación irregular:

“En pocas palabras esta doctrina no significa otra cosa que legitimar una potencial acción judicial indiscriminada sobre aquellos niños, niñas y adolescentes en situación de dificultad. Definido un menor en situación irregular (recuérdese que al incluir las categorías de material o moralmente abandonado, no existe nadie que potencialmente no pueda ser declarado irregular), se exorcizan las deficiencias de las políticas sociales, optándose por “soluciones” de naturaleza individual que privilegian la institucionalización o la adopción” (pág 22).

Por el contrario, la doctrina de la Protección Integral, involucra a todo el universo de los niños y niñas, incluye todos los derechos fundamentales y convierte a cada niño y a cada niña en un sujeto de derechos exigibles; demanda un esfuerzo articulado y convergente del mundo jurídico, de las políticas gubernamentales y de los movimientos sociales en favor de la niñez.

Ya en la sociedad moderna se empieza a visibilizar a los niños y las niñas como categorías de análisis, como sujetos de derechos y como campo de atención del Estado y de las políticas públicas. Sin embargo, esto implica que al interior de la sociedad en su conjunto no se mire a los niños y las niñas con necesidades y como objetos de protección, para verlos en un enfoque renovado de la inclusión de la niñez como sujetos con autonomía, responsabilidades, potencialidades y derechos, actores de su propio desarrollo y co-constructores de realidad social.

Para Suárez (2002), llevar a la realidad el enfoque de los derechos es condición *sine qua non*, empezar por reconocer la dignidad de las personas, el respeto a la diferencia, la equidad, el reconocimiento del otro, la participación de todos los miembros, en un ambiente de respeto; para que los derechos de los niños y niñas sean ejercidos y respetados, se requiere que la sociedad en su conjunto los incorpore en su repertorio de valores y prácticas esenciales en los ámbitos de la vida (familiar, escolar, comunitario, local, estatal) y en todos los sectores de la sociedad.

En este nuevo imaginario, los niños y las niñas serían reconocidos, pese a las desigualdades económicas y sociales, a la falta de oportunidades y a su situación de desventaja cognitiva y emocional, como miembros activos de su sociedad; es decir, como sujetos de derechos y deberes.

Le queda pues un lugar signado a la familia como actor público y como escenario de construcción de vida: materializar sus relaciones con los niños y las niñas en torno al respeto a la diferencia, a la capacidad de negociación, como una alternativa para aprender a habitar la vida y a relacionarnos con las otras personas en comunidad.

Con esto la familia le aporta otro matiz a la vida social; espacio de la subjetividad, sitio de una interioridad libre y desenvuelta donde tiene lugar el cultivo de la identidad del sujeto. Sienta las bases de su desarrollo personal y potencia la emancipación psicológica gracias al desarrollo de la afectividad, a la protección de la amenaza externa. Pero la familia no es solamente refugio; ella se convierte en la mediadora entre lo público y lo privado gracias a la formación de la responsabilidad y a la obligación moral que requiere el ejercicio de la ciudadanía.

IV. La experiencia de la vida familiar como un escenario de formación para el ejercicio de la ciudadanía

Promover espacios de relación democrática, formación ciudadana y ejercicio de los derechos de los niños y las niñas como formas de vida, se constituye en la base para el desarrollo humano y social. Esta apuesta se convierte en una necesidad inaplazable, en una sociedad que cada día transforma su tejido social. Por lo tanto, esta opción requiere una mirada sobre los procesos de socialización en la familia, debido a que el aprendizaje que tiene lugar en el ámbito familiar es esencial y cualitativamente diferente de otros aprendizajes posteriores, por dos razones que expondré a continuación:

- A partir de la experiencia familiar, el niño o la niña internaliza los derechos, la autonomía, la participación, el respeto mutuo y la libertad individual, valores estos que gobiernan la interacción social. Es decir, la familia es el primer “laboratorio social” del niño y de la niña, y como tal deja una impronta básica en su sistema de representaciones y creencias (Musito, 1994). De ahí que la familia como grupo social es clave en este proceso. De hecho, cuando una persona nace lo hace dentro de una estructura social objetiva – construida–, en la cual encuentra otros significantes. Como tal, el proceso de socialización se realiza con un alto grado de emocionalidad, sin el cual, –quizás–, sería menos fácil el

proceso de aprendizaje. El niño o la niña refleja actitudes que tuvieron sus otros significantes; él es lo que otros consideran.

Pensar en esa experiencia de vida familiar, como experiencia socializadora, nos coloca en una alternativa de aprender a habitar la vida, a relacionarnos con las personas democráticamente, caracterizados por el reconocimiento del otro, la equidad y la participación de todos los miembros; favoreciendo un ambiente de respeto, donde el niño y la niña adquieran una conciencia de sí, respeto por sí mismos y por las otras personas, para que las legitime y las valore por lo que son. Quienes rodean al niño y a la niña y les valoran positivamente, permiten que adquieran una imagen positiva de sí mismos.

- La familia es el “lugar social” en el que el niño o la niña nace y se desarrolla en sus primeros años, por tanto en esta se configura el punto de vista desde el cual se aprende a contemplar la sociedad más amplia.

En palabras de Ospina y Alvarado (1998), “frente al proceso de socialización, se puede afirmar que éste es una dialéctica de interacción entre un agente que socializa (padre, madre, otros miembros de la familia) y un sujeto en socialización (hijo, hija). Como tal el proceso busca establecer la máxima simetría entre la realidad objetiva legitimada socialmente (actual estado de cosas, formas de interacción social, sistema de valores) y la realidad subjetiva del sujeto en socialización, reproduciendo formas de interacción social que se desarrollan y legitiman desde la biografía, desde la praxis de vida de la gente; y generan un proceso donde el hijo o la hija, se construye como tal, al tiempo que recrea el mundo social y el sistema de valores. La praxis de vida es recreada desde la subjetividad y actuando sobre el mundo humano y social, desentrañando de allí valoraciones inherentes y expresadas en formas de ser culturalmente establecidas” (P.257).

De esta forma, la familia aparece como “agencia” de la sociedad, que reproduce a través de su propia estructura relacional las estructuras sociales fundamentales. La familia, por lo que es y representa al interior de las sociedades, se constituye en un lugar donde se desenvuelven las vidas cotidianas de niños y niñas, lugar del afecto, del conflicto; es, así mismo, el lugar donde se generan vínculos que sobrepasan el ámbito doméstico.

Es importante precisar que esta experiencia de vida no es un sello donde la familia le impone la cotidianidad a sus miembros y éstos la reciben pasivamente. La cotidianidad familiar e individual es el producto del proceso de interacción con el mundo y con los otros. En este sentido podemos afirmar que la socialización como construcción de la identidad del sujeto individual y social, únicamente se da en espacios de interacción, en los cuales los niños y las niñas recrean su proceso de identidad.

Como lo plantea Marcela Lagarde (1993), cuando hablamos de identidad estamos hablando de un sujeto que implica un “Yo” (mismidad), que tiene un sentido de ser respecto a la alteridad del “otro”; esto me permite diferenciarme, compararme, y en la medida en que yo me comparo me diferencio; el compararme me permite encontrar puntos de conexión con el otro y a la vez con el “nosotros”.

Una apuesta de la familia por la formación de la ciudadanía en los niños y niñas, es enseñarles a reconocerse a sí mismos como sujetos de derechos en su relación con los otros,

que también son sujetos de derechos, pero así mismo a reconocer a los otros en igualdad de condiciones.

Esos procesos de socialización conducentes a construir una identidad que le apueste a la ciudadanía, deben llevar al reconocimiento del otro como un ser que es.

Con esta nueva apuesta por el papel de la familia en la formación de los niños y las niñas como sujetos de ciudadanía, lo que se pretende hacer es subvertir el orden del silencio generalizado y reconocer que la familia es un instrumento político que desestructura las relaciones de poder inherentes a un orden social que concibe al otro como extraño, peligroso o indiferente, y por lo tanto limita el ejercicio de la ciudadanía.

Es aquí, en la dinámica interna de las familias, en donde se desarrollan las actitudes base para el afianzamiento de la sociabilidad y para el establecimiento de nuevas formas de relación democrática y de construcción de ciudadanía.

Este último concepto exige cambios sociales y políticos profundos; se convierte en una idea crítica de la realidad presente, y abre unas vías de actuación social y política que están haciéndose cada vez más visibles en la sociedad hacia la cual estamos transitando. Aquí aparece el escenario familiar como espacio de socialización, en donde se debe empezar a considerar los derechos de los niños y las niñas como senderos hacia la socialización política, hacia la democracia y hacia el reconocimiento de ellas y ellos como ciudadanos plenos.

El enfoque de derechos implica entonces dejar de ver a los niños y a las niñas como sujetos con necesidades y como objetos de protección, para verlos con un enfoque renovado de su inclusión como sujetos con autonomía, responsabilidades, potencialidades y derechos, es decir, como ciudadanas y ciudadanos. Ya lo han venido demostrando algunas naciones como el Brasil, en cuya nueva constitución, aprobada finalmente en octubre de 1998, se incluyen dos artículos clave para todo el desarrollo de un nuevo tipo de política social para la infancia, en la que su eje central tiene que ver con la articulación de esfuerzos coordinados entre gobierno y sociedad civil.

Para la sociedad civil y la familia, el conocimiento de los derechos, el contenido y el análisis de sentido, se convierten en una labor educativa inmediata; y para el Estado, en la necesidad de respetar tales derechos, proteger dichos contenidos, y realizar los correspondientes análisis de sentido.

En síntesis, la familia es un espacio de socialización decisivo en la formación democrática y ciudadana; el tema de la niñez como sujeto de derechos está estrechamente vinculado al tema de la ciudadanía; los derechos de los niños y las niñas potencian la democracia y la democracia es un límite de la ciudadanía de los niños y las niñas.

Ahora bien, dentro del espacio familiar se encuentra un lugar signado por la intimidad y la privacidad que separa el hacer individual del colectivo, espacio donde se condensa la espontaneidad de la intención inmediata, y los efectos de la asimilación valorativa de los derechos, deberes, responsabilidades y obligaciones que guían la interacción de sus miembros en el diario vivir, mediante la socialización. Quiere decir esto que el espacio familiar está demarcado por estos aspectos cuyo objetivo es formar y guiar los patrones de

comportamiento que la sociedad le demanda en la formación de niñas y niños como futuros ciudadanos.

La ciudadanía y la familia no son sólo un acto público; son un lugar de construcción de vida, de construcción de identidad; aquí la familia simbólicamente es un escenario de vida social, de conflictos, de capacidad de negociación, de reconocimiento de límites, de sentido de lo colectivo, de sentido de responsabilidad pública, de aprender a vivir en comunidad. Que los niños y niñas vivencien esta experiencia de vida familiar, como ese escenario de conflicto, heterogeneidad, enseñanza de negociación y conciliación. Ahí radica el sentido y significado de la familia. Pensar en esa experiencia de vida familiar como experiencia socializadora, nos coloca en una alternativa de aprender a habitar la vida, a relacionarnos con las demás personas, a vivir la diferencia y el reconocimiento.

En el mundo de la vida se tejen los diversos sentidos que le dan contenido a las actitudes, los valores, las normas y las diversas formas de interacción; en él se delimita el espacio de lo individual y lo colectivo, espacio que reclama la emergencia de un sujeto que se hace en la interacción con su mundo, y que a través del lenguaje ha ido y está objetivando nuevas formas de habitarlo, es decir, nuevos contenidos para leer la interacción y para justificar la construcción de un espacio vital que reivindique a la humanidad en el reconocimiento del sí mismo y del otro o de la otra como un todo legítimo y lleno de sentido.

La propuesta es redimensionar los procesos de socialización, interacción y comunicación en la familia, para que los niños y niñas tengan la posibilidad de ser actores directos, dándoles la palabra, permitiendo su autonomía, libertad y relación con la otra persona, no como espacio único de satisfacción de necesidades, sino como espacio de construcción de vida: constitución de identidad, constitución de sí mismo y constitución de espacios democráticos, como camino al ejercicio de la ciudadanía.

Ahora bien, aunque la Familia ejerce un papel protagónico en la construcción de ciudadanía, no es la única responsable; dicha construcción implica necesariamente un esfuerzo colectivo de ésta, la sociedad y el Estado.

Bibliografía

- Alvarado, S. V. & Ospina, H. F. (1998). La Escuela como Escenario Potencial para la Construcción de la Paz. Los Niños y las Niñas como Sujetos Éticos. En *Ética Ciudadana y Derechos Humanos de los Niños*. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio,
- Arendt, H. (1998). *La Condición Humana*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Aries, P. (1981) *El Niño y la Vida Familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid: Taurus.
- Bagú, S. (1973) *Tiempo Realidad Social y Conocimiento*. Madrid: Editorial Siglo XXI.
- Berger, P. & Luckmann, T. (1978). *La Construcción Social de la Realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

- (1986). *La Construcción Social de la Realidad*. Buenos Aires: Amorrortu. Octava edición. Traducción Silvia Zuleta.
- Cebotarev, N. (1984). *Nuevas Perspectivas Teóricas sobre el Papel de la Familia en el Desarrollo* (New Theoretical Perspective on the role of the Family in D. Restrepo (Ed.), *Dimensión Social del Desarrollo* (Social dimension of development). Manizales, Colombia: Editorial Imprenta Cafetera.
- Cortina, A. (1998). Ciudadanos como Protagonistas. En *Ética Ciudadana y Derechos Humanos de los Niños una Contribución a la Paz*. Manizales.
- De Mause, L. (1982). *Historia de la Infancia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Fraser, Nancy. (1997). *Iustitia Interrupta. Reflexiones Críticas desde la Posición "Postsocialista"*. Santafé de Bogotá: Siglo XXI.
- García, E. (1998). *Derecho de la Infancia – Adolescencia en América Latina: de la Situación Irregular a la Protección Integral*. Santafé de Bogotá: Ediciones Forum Pacis.
- Gubrium, J. & Holstein, J. (1990). *Qué es la Familia?* Traducido por Dalia Restrepo R. Departamento de Estudios de Familia. Manizales: Universidad de Caldas.
- Lagarde, M. (1993). *Identidad Genérica y Feminismo*. XIII congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas. México: Universidad Nacional Autónoma.
- Lechner, N. (1989). Ese Desencanto llamado Postmoderno. *Revista Foro No.10*. Santafé de Bogotá: Ediciones Foro Nacional por Colombia.
- Marshall, T.H. (1959), (1991). En *Bognador, Vernon*, Enciclopedia de las Instituciones Políticas. Madrid: Alianza Diccionarios.
- Mussito, G. (1994). La Socialización del Sistema de Valores en el Ámbito Familiar. En *Psicología de la Familia*. Valencia: Albatros.
- Palacio, M. C. (2002). *Los Repliegues de la Vida Social en la Modernidad: Algunas Preguntas por el Lugar de la Familia*. Memorias/Seminario Propositivo Segunda Cohorte Maestría en Estudios de Familia y Desarrollo. Manizales: Editorial Universidad de Caldas.
- Plumb, J.H. (1971). *The Great Change in Children*. México. Editorial Horizontes.
- Rousseau, J. J. (1973). *Emilio* México: Editora Nacional.
- Serena, N. (1980). *Antropología Cultural. Adaptaciones Socioculturales*. México: Editorial Tipográfica. pp. 197- 248.
- Suárez, N. del C. (2002). *La Visible Invisibilidad de los Niños y las Niñas*. Memorias/Seminario Propositivo Segunda Cohorte Maestría en Estudios de Familia y Desarrollo. Manizales: Editorial Universidad de Caldas.